



Sor Tadea de San Joaquín

# **Relación de la Inundación que hizo el río Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sor Tadea de San Joaquín

## Relación de la Inundación que hizo el río Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile

Romance

¡Qué confuso laberinto,  
Qué Babilonia de afectos,  
Qué océano de congojas,  
Qué torrente de tormentos,  
Combaten mi corazón,  
Queriendo sea mi pecho  
Nueva palestra de penas,  
De martirios teatro nuevo,  
Al relacionar el caso  
¡Más lastimoso y más tierno,  
Que en el asunto menciona  
En sus anales el tiempo!  
Mas debiendo obedecer,  
Que es indispensable hacerlo;  
Y así, dad, cielos, valor,  
Dadme voces, santo cielo,  
Para narrar un asunto,  
En que desfallece el eco,  
En que en trémulos suspiros,  
Agonizando el aliento,  
Respira sólo pesares,  
Anima sólo tormento.  
Pero si expresando penas,  
Se minora el sentimiento  
Por la ajena compasión,  
Que en parte lo hace más lento,  
Os impartiré noticia  
Con legal razonamiento,  
De lo que Dios permitió  
Sucudiese en mi convento

Día diez y seis de junio,  
De ochenta y tres, que violento  
El aire rompiendo montes  
Con altivo movimiento,  
Con armados huracanes  
Mostraba que en un momento  
Desquiciaba de sus ejes  
El globo, y más desatento,  
Presentó al cielo batalla,  
Y viniendo a rompimiento,  
En mutua lid disputaban,  
Con recíproco ardimiento,  
Por cuál de los dos quedaba  
El campo del vencimiento:  
Por fin quedaron triunfantes,  
Las nubes, y huyendo el viento,  
quedaron con altivez,  
Satisfaciendo su intento.  
Parecía que Neptuno  
Dejando su antiguo puesto,  
Se difundía en las nubes,  
Sin mirar en su respeto,  
Y liquidando los mares,  
Juzgó, que del firmamento  
Llover océanos hizo  
Para nuestro sentimiento,  
Pues de este modo se hacía,  
Más caudaloso y violento,  
El gran Mapocho, que corre  
A la frente del convento,  
El cual compitiendo ya,  
Con rápido movimiento,  
Con Euros, y Manzanares,  
Y al Nilo aun llevando resto,  
Su sonido era aterrante  
Al más impávido aliento;  
¿Qué temor no causaría,  
En quienes sabían de cierto  
Que se hallaban indefensas,  
Cercadas del elemento?  
La mañana así pasamos,  
Sin saber el detrimento,  
Que ya causaban las aguas  
En la muralla y cimientos,  
Porque nada nos decían,  
Atendiendo al sentimiento,  
Que era regular tener

En riesgo tan manifiesto.  
A la una y media del día,  
Con más que causal intento,  
Subieron dos a la torre,  
Y al correr la vista, es cierto,  
Que cubrió sus corazones  
Mortal desfallecimiento,  
Viendo que el río arrancaba,  
Los tajamares de asiento;  
Y con ímpetu batía  
Sin defensa en el convento.  
Se encontró para el arbitrio  
Sin margen el pensamiento,  
Y tocando las campanas  
A plegaria con intento  
De que nos favoreciesen,  
No se veía movimiento,  
De que hacerlo procurasen,  
Pues estaban muy de asiento  
En el puente y la ribera  
Con pávido desaliento,  
Más de cinco mil personas,  
Que con clamor y lamento,  
Causaban más confusión,  
Que alivio a nuestro tormento.  
Mas haciendo la plegaria,  
Al llegar un caballero  
No pudo contener brioso,  
O compasivo su pecho,  
Y sin poderlo estorbar,  
Las que improbaban su intento,  
Se votó fogoso a la agua  
Con riego tan manifiesto,  
Que todos los circunstantes  
Lo vociferaban muerto:  
Más dándole paso franco  
El amor, o el buen deseo,  
Pudo tomar nuestra orilla  
Sin el menor detrimento,  
Y con grande vigilancia  
Hizo picasen de presto  
Unos cuartos que a la diestra  
Hacían calle al convento,  
En que represaba el agua:  
Pero cayendo con esto,  
Tomó rápida corriente  
Con menor peligro nuestro.

El toque de las campanas  
Sirvió, para que al momento  
Diez, que enfermas en las camas  
Y algunas con crecimientos  
De calenturas, se hallaban,  
Tuvieran conocimiento  
Del inminente peligro,  
En que se veía el convento.  
El susto sólo les fue,  
Activo medicamento,  
Para recuperar fuerzas,  
Y corroborar aliento,  
Y tomando sus vestidos,  
Para ponerse a cubierto,  
Enderezaron su pasos  
Con trémulo movimiento  
Al coro, donde esperaban  
Fuese su fallecimiento.  
Allí sólo se escuchaba,  
En murmullo descompuesto,  
Suspiros, llantos, clamores,  
Con profundo rendimiento,  
A que se verificase  
En todo el alto decreto.  
Sólo dábamos las quejas  
Al divino Sacramento,  
De permitir se atreviese  
Aquel túrbido elemento,  
A inundar su templo santo,  
Sin atención, y respeto  
A la inmunidad sagrada,  
Debida a su acatamiento:  
Difundíamos el alma,  
Como el agua, a nuestro dueño  
Deseando ser por su amor  
Holocaustos de su fuego,  
Antes que fuesen las vidas  
De la inundación trofeo.  
Mas aquel Dios de piedades,  
A favorecer propenso,  
Que puso a Isaac en el monte,  
Por probar su rendimiento,  
Y sin descargar el golpe,  
Le fue el sacrificio acepto,  
Ordenó que sobornados  
Tres hombre con el dinero,  
Y también de compasivos,

No reparasen el riesgo,  
Y arrojándose a las aguas,  
Surcando mares de hielos,  
Aportasen al compás;  
Pero de allí se vieron prestos  
Casi ahogados por las aguas,  
Que recogida en centro  
Mas de dos varas en alto  
Estorbaban entrar dentro:  
Y así su propio peligro  
Industrió su entendimiento,  
Para entrarse por el torno,  
Y practicando el intento,  
De allí los votó el impulso,  
Que batía con extremo:  
Por fin rompieron el torno,  
Y con ímpetu violento  
Les ayudó a entrar el agua,  
Y hallándose en salvamento,  
Discurrieron por los claustros  
Dando voces y diciendo,  
Que nuestro ilustre prelado,  
Nos imponía precepto,  
Y nos mandaba salir  
Sin excusa ni pretexto.  
Salimos todas al coro,  
Al oír el intimamiento,  
Mas sin corazón salimos,  
Porque se quedó en su centro.  
Avistamos nuestros claustros,  
Que hechos lagunas de cieno  
No daban margen alguno,  
Para transitar sin riesgo.  
Enderezamos los pasos  
Hacia la huerta, creyendo,  
Que su mucha elevación  
Favoreciese el intento;  
Pero también encontramos,  
Inundado aquel terreno,  
Pues no cesaban las aguas,  
De descuadernar el cielo,  
Viendo en este estado el caso,  
Y que entreteniéndolo el tiempo  
Se acercaba más la noche,  
Y el peligro iba en aumento:  
Arbitraron taladrar  
La muralla, con intento,

De que huyendo por allí  
Tomásemos mejor puesto.  
Ejecutose al instante  
El discreto pensamiento,  
Pero con la precisión,  
Fue el taladro tan pequeño,  
Que al salir, más que aceituna,  
Se nos aprensaba el cuerpo.  
No sacamos con nosotros,  
Mas que a nuestro dulce Dueño,  
Que pendiente de la cruz  
Nos daba a sufrir ejemplo.  
Apenas salimos fuera,  
Cuando ya nuestro convento  
Lo robaban sin reparo,  
Y con tal atrevimiento,  
Que no podrá reponerse  
Lo perdido en mucho tiempo;  
Pero es lo menos sensible,  
Comparándolo al tormento  
Que toleramos al ver  
El gentío tan atento,  
Cuando en brazos de los peones  
Nos transportaban sin tiento:  
Y a unas las tomaba mal,  
Y a otras echaban al suelo,  
Y algunas bien embarradas,  
Eran de la risa objeto.  
De este modo nos pasaron,  
Con tumultuoso ardimiento,  
A una quinta que contigua  
Se hallaba más del convento.  
Allí estuvimos un rato,  
Pero era con igual riesgo,  
Porque las altivas olas  
Estremecían el suelo.  
En este breve intervalo  
Atravesó nuestro pecho  
Nueva saeta de dolor,  
Que rompiendo el sufrimiento,  
Hizo liquidar el alma  
En un raudal tan violento,  
Que pudo quizá igualar  
Al expresado elemento,  
Por ver que ya la Custodia  
Con ligero movimiento  
La llevaba un sacerdote

Sin otro acompañamiento,  
Que pocas luces que hallaron  
Con milagroso portento,  
Ardiendo sobre las aguas,  
Que (respetando el intento,  
Con que fueron encendidas,  
Cuando en nuestro encerramiento  
Clamábamos a la Madre  
De piedad, por valimiento)  
Se estaban en el blandón,  
Sin ceder al movimiento,  
Con que batían las olas:  
Y siguiendo el barlovento  
De la venerable imagen,  
A quien el fiel elemento  
Llevaba sobre su faz  
Con pasmoso rendimiento,  
Al entrar el sacerdote  
Le salieron al encuentro,  
Para servir en el culto  
Del divino Sacramento.  
El que acometió a la empresa  
Llevado de ardiente celo,  
De sacar a la Deidad  
Antes que corriese riesgo,  
Fue un hijo de S. Francisco,  
Religioso recoleto,  
Que con la agua a la cintura,  
Y por las rejas rompiendo,  
Sacó Custodia, y viril,  
Y las llevó a su convento:  
Propia acción de tales padres  
Que en todo acontecimiento  
De piedad y devoción  
No miran su detrimento,  
Y que quedará grabada  
En indecible en nuestro pecho,  
Para perpetua memoria,  
Y tierno agradecimiento.  
Y volviendo a la estación  
Donde estábamos cuando esto,  
Se determinó dejarla,  
Y buscar seguro puesto,  
Clamando al Señor nos diese  
Gran paciencia y sufrimiento  
Para seguir un certamen  
De tanto padecimiento.



Mas, el Padre de piedades,  
Que siempre acredita el serlo,  
Determinaba clemente,  
Minorar el desconsuelo  
Y prevenir el alivio,  
A proporción del tormento.  
Se vio este verificado,  
Pues estando en el aprieto,  
De no hallar situación fija,  
Llegó luego un mensajero  
De parte del padre prior  
De la observancia, diciendo  
Que teníamos muy pronto  
Su magnífico convento,  
Y con grande corsetería,  
Igual a su entendimiento,  
Fue en persona por nosotros,  
Llevando para el intento,  
El carruaje necesario,  
Que pudo aprontar más presto.  
Seguimos nuestra derrota  
Con más esforzado aliento,  
Al ver que Dios nos franqueaba  
Aquel Moisés verdadero,  
Que sin temor a las ondas  
Las dominaba el primero,  
Abriendo segunda senda,  
Como el otro en el Bermejo.  
Mas, no faltaron desgracias  
Si acaso pudieron serlo  
Los trabajos de los justos:  
Mas, quiero decir en esto,  
Que se continuó el crisol,  
Y pruebas de nuestro dueño;  
Pues como el llover seguía,  
Era indispensable efecto,  
Que los carros se calasen  
De aguas de cielo, y de suelo,  
Y penetrasen agudas  
A las de su furia, objeto  
Que a no informarlas amor,  
Se transformasen en hielo.  
A más de esto se quebraban  
Los carros por el gran peso,  
Siendo preciso acuñarlos  
En medio del elemento.  
Otras que en cabalgaduras

Venían, traían de lleno  
Toda la inclemencia, y otras  
Más penoso aditamento  
De la lobreguez privando  
De tino aun al más experto;  
Y si algunos compasivos  
Daban luz en tal aprieto,  
Se espantaban los caballos  
Y ponían en más riesgo.  
En fin, entre esta borrasca,  
Llegamos al feliz puerto  
De la casa de Belén:  
Llamose así este convento,  
De hijos de Santo Domingo,  
Donde guardan lo perfecto  
Y puro de su instinto  
Con prontitud y desvelo;  
Y como fuimos entrando  
A este retrato del cielo  
Conocimos lo habitaban  
Ángeles en térreo cuerpo;  
Que con grande prontitud  
Al imperio de un sólo eco  
Y a veces a una mirada  
Servían al pensamiento.  
Nos dieron tal hospedaje,  
Que el más cabal desempeño  
Será omitirlo la pluma,  
Y remitirlo al silencio,  
Pues si explanarlo pensara,  
Haciendo narración de esto,  
En mayor golfo se viera  
Náufrago mi entendimiento,  
Que en el que se halló mi vida,  
Cuando lo estaba mi cuerpo;  
Mas omitir no podré  
Y todo lo diré en esto,  
Que el prelado de esta casa  
Es el más cabal sujeto  
Que han producido las Indias,  
Y en este acontecimiento  
Se ha excedido él a sí mismo,  
Porque ha echado todo el resto

Y ha hecho Fr. Sebastián Díaz,  
Lo que él sólo hubiera hecho.  
Nos pusieron en un claustro

Separado largo trecho,  
De los que ellos habitaban:  
Y aunque no era nada estrecho  
Tenía sólo trece celdas.  
De que hecho el repartimiento  
En oficinas precisas,  
Quedaron sólo de resto  
Nueve para veinte y ocho,  
Que éramos en surtimiento,  
Entre monjas y criadas:  
Siendo menester por esto,  
Acompañarse de a cuatro,  
Y cinco en cada aposento.  
Empezamos a buscar  
Modos de secar de presto  
La ropa, porque pegada  
Las más traían al cuerpo;  
Excepto algunas que quiso  
Dio, favorecer en esto,  
Pues ni aun en las alpargatas  
Recibieron detrimento;  
Pero a otras les fue preciso,  
El andar por algún tiempo,  
Con zapatos de los padres,  
Hasta que fueron haciendo.  
Se estableció la observancia  
Con puntualidad y arreglo,  
Tocándose campanilla  
A oración, coro y silencio,  
Refectorio y demás actos,  
Y todos a su hora y tiempo.  
La clausura la causamos,  
Haciendo el adagio cierto  
De ser en cuatro paredes  
Víctimas del sufrimiento.  
Allí nos decían misa,  
En oratorio bien puesto,  
Y en día de comunión,  
Consagraba el prior para esto;  
Mas, nos quedaba el dolor,  
De no tenerlo allí expuesto,  
Para hallar con su presencia  
Mayor consuelo y aliento.  
Mas, así lo disponía  
El artífice más diestro,  
Para pulir a las almas,  
Quitando el sensible afecto,

Y como había privado  
De lo acomodado al cuerpo,  
Acrisolar el espíritu,  
De aquello menos perfecto;  
Y para hacerlo mejor,  
Y lograr más bien su intento,  
Quiso darnos nueva mano,  
Con enfermarnos de nuevo,  
Y muy pocas se exceptuaron,  
De no estarlo en este tiempo,  
Y vino a coronar su obra  
Una criada muriendo.  
Aquí pasamos tres meses,  
Gastándose mucho tiempo,  
En componer unos claustros  
En forma de monasterio;  
Cuya composición hecha,  
Nos pasó el prelado luego,  
Donde nos hallamos ahora  
Con comodidad y aseo.  
En tres claustros bien labrados  
Con muy delicioso huerto  
Oficinas necesarias,  
Y sobre todo el recreo  
Del coro con su capilla,  
Que aunque esto es algo pequeño,  
Encierra la Majestad  
Que contiene todo el cielo.  
Aquí estamos asistidas  
De los padres, cuyo celo  
Atiende a lo espiritual,  
Y temporal con desvelo,  
Sin dispensar su cuidado  
Lo ínfimo ni lo supremo,  
Porque el lince de su prior  
Se hace Argos en nuestro obsequio,  
Pues su grande caridad,  
Y su magnánimo genio,  
Lo hacen ejecutar ahora,  
Lo que ejecutó primero:  
Y juzgo que sin mudanza  
Siempre seguirá lo mismo,  
Pues hombres de su estatura,  
Lo acaban todo perfecto.  
Explanar el grande estrago,  
Que hizo el río en mi convento  
Fuera detenerme mucho;

Mas, no siendo ese mi intento,  
Diré sólo lo inundó  
Todo, y parte botó al suelo.  
Lo restante se está ahora,  
Con firmeza componiendo,  
Para mudarnos allá  
Y edificarlo de nuevo,  
Retirando el edificio,  
Cuanto se pueda hacia adentro,  
Y murallarlo de cal  
Y ladrillo, porque esto,  
Dicen basta a preservarnos  
Y ponernos a cubierto.  
El Señor lo determine  
Si es su voluntad hacerlo,  
Y de no se cumpla en todo  
Su beneplácito eterno.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

